

encima de su nombre, lo cual significaba que la persona del jóven oficial habia de ser siempre y en todos casos para ellos sagrada.

Cada uno de los compañeros de Jehú podia poner á salvo de las persecuciones de la compañía á un amigo, sin necesidad de manifestar los motivos que le movian á hacerlo.

Morgan usaba de su privilegio, tomando bajo su amparo al hermano de Amelia.

## VI.

### El Castillo de Fuentes-Negras.

El castillo de Fuentes-Negras, al cual acabamos de conducir dos de los principales personajes de esta historia, estaba situado en una de las mas agradables posiciones del valle donde se levanta la ciudad de Bourg.

El parque, de una extension de cinco ó seis fanegas, plantado de árboles centenarios, se hallaba cercado por los tres lados de una pared que tenia en la parte anterior una elegante verja de hierro, primorosamente labrada á usanza del tiempo de Luis XV, y por el otro del riachuelo de la Reyssousse, cuyas cristalinas aguas, naciendo en Journaud y corriendo de Mediodía á Norte con sosegado curso, se precipitan al Saona en el puente de Fleurville, frente Pont-de-Vaux, patria de

Joubert, quien un mes antes de la época á que hacemos referencia fué muerto en la fatal batalla de Novi.

Mas allá del Reyssousse, y casi á sus mismas márgenes, extiéndense á derecha é izquierda del castillo de Fuentes-Negras los pueblos de Montagnat y San Justo, dominados por el de Ceyseriat.

Tras esta última poblacion véanse delineadas las caprichosas cumbres de los cerros del Jura, por sobre los cuales asomaba la azulada cordillera de las montañas de Bugey, que parecen levantarse para mirar curiosamente, por encima de sus hermanas inferiores, lo que pasa en la llanura del Ain.

Ante este encantador panorama despertó sir John.

Por la vez primera quizás presentábase risueña al flemático y taciturno inglés la naturaleza: parecióle hallarse en uno de aquellos hermosos valles de Tesalia, celebrados por Virgilio, ó en las encantadoras riberas del Lignon, á que dió eterno renombre el inspirado cantor, cuya casa natal, al decir de los biógrafos, cayó arruinada á tres cuartos de legua del castillo de Fuentes-Negras.

Vino á distraerle de su contemplacion el ruido de tres golpecitos dados suavemente á la puerta; era Roland que venia á preguntarle cómo habia pasado la noche.

Encontróle radiante como el sol que se levantaba sobre las hojas ya amarillentas de los castaños y de los tilos.

— Oh! oh! sir John, le dijo, permitid que os felicite; creia encontrar un hombre triste como esos pobres cartujos

de hábito blanco que me atemorizaban cuando niño, sin embargo de que jamás he sido medroso; y muy léjos de esto os encuentro en el triste mes de octubre, risueño como una mañana de mayo.—Querido Roland, contestó sir John, soy casi huérfano: el día mismo que vine al mundo tuve la desgracia de perder á mi madre; á los doce años habia tambien fallecido mi padre; á la edad en que acostumbran entrar los niños en un colegio, era yo dueño de una fortuna de mas de un millon de renta; pero me hallaba solo en este mundo, no teniendo quien me amase, ni á quien amar; los dulces goces de la familia me eran completamente desconocidos. Desde doce á diez y ocho años estudié en la universidad de Cambridge; mi carácter taciturno y quizás algo altanero me mantenía aislado en medio de mis jóvenes condiscípulos. A los diez y ocho años empecé á viajar. Viajero armado, que recorreis el mundo á la sombra de una bandera, es decir, á la voz de la patria, que sentís todos los días las emociones de la lucha y el orgullo de la gloria, no podeis figuraros cuán triste es atravesar ciudades, provincias, estados y reinos, para visitar indiferentemente aquí una iglesia, allá un castillo; dejar la cama á las cuatro de la madrugada á la inconsiderada voz del conductor, para ver salir el sol desde lo alto del Righi ó del Etna; pasar como un fantasma por entre las sombras vivientes llamadas hombres; no saber dónde detenerse, no contar con una tierra amiga, con un brazo en que apoyaros, con un corazón en que desahogar el vuestro! Pues bien, querido

Roland, ayer noche, de repente, en un instante, en un segundo, sé llenó este vacío de mi vida; la familia, que yo no conocia, la he visto nacer tierna y amorosa á vuestro alrededor; al mirar á vuestra madre he dicho para mí: así seria tambien la mia, no lo dudo. Al ver á vuestra hermana me he dicho tambien: si yo tuviese una no la querria de otra manera. Al abrazar á vuestro hermano, me he acordado de que podria tener un hijo de su edad, dejando de este modo algo detrás de mí en este mundo; mientras que, con el carácter que me reconozco, moriré como he vivido, triste, molesto para los demás, importuno para mí mismo. Ah! vos sois feliz, Roland! teneis familia, habeis alcanzado la gloria, sois joven, y, lo que menos debe ambicionar un hombre, reunís hasta la hermosura. Ninguna satisfaccion os falta, ninguna dicha teneis que envidiar; os lo repito, Roland, sois feliz, enteramente feliz!—Bravo! dijo Roland, bien se vé que habeis olvidado mi aneurisma, milord!

Miró sir John al joven con aire de incredulidad. Presentaba en efecto Roland todos los señales de la mas perfecta salud.

—Ojalá pudiera cambiar vuestro aneurisma por mi millon de renta, Roland, repuso sir John con un acento de profunda tristeza, con tal de que con vuestro aneurisma me dieseis esta madre que vierte lágrimas de gozo al abrazaros, esta hermana á quien pone mala la alegría de vuestro regreso, este niño que se arroja á vuestro cuello como un tierno y exquisito fruto á un árbol lozano y robusto; con tal de que me

dieseis tambien este castillo de fresca sombra, ese riachuelo con sus floridas y apacibles riberas, estas lejanas montañas en las que, á manera de bandadas de cisnes, blanquean hermosos pueblos con sus atrevidas torres; vuestro aneurisma, Roland, la muerte al cabo de tres años, de dos, de uno, de seis meses; pero seis meses de vuestra vida tan placentera, tan grata, tan variada, tan gloriosa! y me consideraria el mas feliz de los mortales!

Soltó Roland una de sus carcajadas.

—Ah, dijo, preciso es reconocer en vos al *turista*, al viajero superficial, al judío errante de la civilizacion, que no deteniéndose en ninguna parte, nada puede conocer ni apreciar debidamente; juzgando las cosas por la sensacion que le causan, y sin atravesar siquiera el umbral de las cabañas donde se encierran estos locos á quienes se llama hombres, dice: detrás de esta pared está la felicidad! pues bien, querido, os encanta ese hermoso rio, no es verdad? Cautiva vuestra vista la perspectiva de variadas flores y elegantes pueblos? esta es á vuestros ojos la imagen de la paz, de la inocencia, de la fraternidad; es el siglo de Saturno, la edad de oro; es un eden, un paraíso. Sabed, sin embargo, que está poblado de personas que se devoran unas á otras; los desiertos de Calcuta, las llanuras de Bengala no han criado jamás tigres mas feroces, panteras mas crueles que los elegantes pueblos, amenos valles y floridas riberas que tanto celebrais. Despues de haberse celebrado con mag-

nífica pompa las fúnebres exequias del bueno, del grande, del inmortal Marat, á quien se ha echado por fin, á Dios gracias, en un muladar, como una bestia feroz que era y habia sido siempre; despues de celebradas, digo, las exequias fúnebres, en las cuales llevaba cada acompañante una urna para recoger las lágrimas que debia derramar hasta derretirse, nuestros buenos bressanos, nuestros pacíficos compatriotas, nuestros criadores de pollos, advirtieron que los republicanos eran un hato de asesinos, y por lo mismo fueron asesinándolos á carretadas para corregirles del infame defecto que tiene el hombre salvaje ó civilizado de quitar la vida á sus semejantes. Lo dudais? oh! querido, en la carretera de Lons-le-Saunier os enseñaré, si teneis la curiosidad de verlo, el sitio donde, habrá apenas seis meses, se organizó una carnicería capaz de horrorizar á los mas empedernidos y sanguinarios caudillos de nuestros campos de batalla. Figuraos una carreta cargada de presos, una de esas inmundas carretas que sirven para conducir las reses al matadero, y dentro de ella una treintena de hombres, cuyo único crimen consistia en una imprudente exaltacion en sus pensamientos ó palabras, atados todos, magullada la cabeza por los vaivenes del carro, atormentados por la sed, la desesperacion y el terror; desgraciados que no tenian, como en tiempo de Nerón, ni aun el estéril lenitivo de la lucha del Circo, de la discusion á mano armada, sino que eran arrojados á la manzanza impotentes é inmóviles; sobre cuyo cuerpo caia el

hacha sorda y maciza, tronchando las carnes y rompiendo los huesos, mientras las mujeres contemplaban el espectáculo tranquilas y gozosas, levantando en el aire á sus hijos palmoteando; al mismo tiempo que decrepitos ancianos, que no deberian haber pensado mas que en hacer una muerte cristiana, contribuian con sus gritos y excitaciones á hacer mas desesperados los postreros momentos de aquellos desventurados; descollando entre tales ancianos un septuagenario, coqueton y acicalado, limpiándose su pechera de encajes al menor asomo de polvo, tomando tabaco de España en una caja de oro con una cifra de diamantes, y sacando pastillas de ámbar de otra cajita de Sevres, regalada por mademoiselle Dubarry adornado con el retrato de la donadora. Representaos, si podeis, á este septuagenario, parad la atencion en el cuadro, querido, pisoteando con sus zapatillas los cadáveres que formaban un gran colchon de carne humana, y fatigando su brazo, debilitado por la edad, con un junco encarnado que no cesaba de descargar sobre los que no le parecian bien rematados. Oh! amigo mio, me he hallado en Montebello, en Arcola, en Rivoli, en las Pirámides; creia no poder ver cosa mas horrible. Sin embargo, la sencilla relacion que oí de mi madre anoche, despues que os hubisteis retirado á vuestro cuarto, me hizo erizar los cabellos. Por vida mia! ahí teneis la explicacion de los espasmos y accidentes que atacan á mi pobre hermana, dél mismo modo que el aneurisma explica la causa de los que yo padezcò.

Sir John miraba atentamente á Roland con la extraña curiosidad que le causaban siempre las misantrópicas salidas de su jóven amigo. Parecia, en efecto, que buscaba Roland en la conversacion un motivo para caer sobre todo el género humano á la primera ocasion que se le presentase. Notó la sensacion que acababa de producir este lenguaje en el ánimo de sir John, y cambiando completamente de tono, sustituyó la amarga ironía al entusiasmo filantrópico.

—Verdad es, dijo, que á excepcion de este excelente aristócrata, que terminaba lo que los verdugos habian empezado, y avivaba con sangre el color encarnado de sus talones, los que se entregaban á tales excesos eran gente de baja ralea, patanes y villanos, como decian nuestros abuelos, hablando de los que les mantenian; los nobles se conducian con mas finura. Además vos habeis visto lo que ha pasado en Aviñon; á buen seguro que si os lo contasen, no lo creeriais. Estos caballeros que detienen las diligencias se dan el aire de extremadamente delicados; tienen dos caras, sin contar con la de su más cara; ora son Cartouches ó Mandrines, ora Amadises ó Galaores. Cuéntanse historias fabulosas de tales bandoleros. Mi madre me decia ayer que habia un tal Lorenzo, comprendeis? Lorenzo era el nombre de guerra que ocultaba el verdadero, como la máscara oculta el rostro. Habia pues un tal Lorenzo que reunia todas las calidades de un héroe de novela, todos los *accomplissement*, como decís vosotros los ingleses, que á pretexto de haber sido antes Nor-

mandos, os permitis enriquecer de tiempo en tiempo nuestra lengua con una expresion pintoresca, con una palabra que se presenta pidiendo á nuestros sábios una limosna, que se guardan muy bien de hacerle. Dicho Lorenzo pues, que de paso sea dicho, era hermoso hasta lo ideal, formaba parte de una cuadrilla de setenta y dos compañeros de Jehú, que fueron juzgados en Yssengeaux; setenta quedaron absueltos; únicamente él y otro fueron condenados á muerte. Púsose en libertad á los *inocentes*, reteniendo á Lorenzo y á su compañero para enviarles á la guillotina. Pero bah! maese Lorenzo tenia una cabeza demasiado elegante para caer bajo la innoble cuchilla de un verdugo; los jueces que le habian condenado, y los curiosos que aguardaban su ejecucion, habian olvidado la *recomendacion corporal de la hermosura*, como dice Montaigne. Pero es el caso que con el carcelero de Yssengeaux vivia una mujer, que ignoro si seria su hija, hermana, ó nieta, pues la historia, que tal es, y no cuento lo que os refiero, no ha fijado el grado de parentesco. Lo cierto es que esta mujer, sea lo que fuese, se enamoró del hermoso condenado, y que dos horas antes de la ejecucion, cuando maese Lorenzo esperaba ver entrar al verdugo, durmiendo ó haciendo como que dormia, segun en tales casos se acostumbra, vió entrar á su ángel salvador. No sabré decir os cuáles fueron los medios que se pusieron en juego: los dos amantes no entraron en tales detalles, y por muy buenas razones; pero la verdad es, y os repito, sir John, que es un

hecho cierto y no una fábula; la verdad es que Lorenzo se encontró libre, si bien con el sentimiento de no poder salvar á su camarada, que se hallaba en otro calabozo. Gensonne, en un caso parecido, rehusó huir, queriendo morir con sus compañeros los Girondinos; pero Gensonne no tenia la cabeza de Antinoo sobre el cuerpo de Apolo; cuanta mas hermosa es la cabeza, mas cariño se la tiene; aceptó pues la oferta que se le hacia, y huyó; aguardábale un caballo en el vecino pueblo; la jóven, que habria podido retardar ó embarazar su fuga, debia reunírsele al amanecer. Llegado el dia, el ángel salvador no se presentaba. Segun trazas, nuestro héroe tenia mas apego á su salvadora que á su compañero; habia huido sin este, y no quiso huir sin aquella. Eran ya las seis de la mañana, hora señalada para la ejecucion, y la impaciencia le devoraba. Durante las cuatro horas que estuvo esperando, tres veces habia dirigido su caballo hácia la ciudad, acercándose cada vez mas á ella; á la última, presentóse á su imaginacion una idea: tal vez su generosa libertadora habia sido presa, é iba á pagar por él; puso á escape su caballo, entró en la ciudad, atravesóla de un extremo á otro con el rostro descubierto, en medio de la multitud que le llamaba por su nombre, extrañada al verle libre y á caballo, cuando esperaba verle preso y en una carreta; atravesó la plaza de la ejecucion, donde acababa de saber el verdugo que una de sus víctimas habia desaparecido; descubrió á su libertadora que se adelantaba entre la multitud, no para presenciar la

ejecucion, sino para ir á reunírsele; á su vista, pónese de un salto á su lado derribando á tres ó cuatro de los circunstantes, cógela por los brazos sentándola en el arzon de la silla, desapareciendo ambos, agitando él su sombrero, como M. de Condé en la batalla de Lens, en medio de los aplausos del pueblo, que encontró aquella accion heróica, haciéndose partidario del héroe.

Detúvose Roland, y viendo que sir John se mantenía silencioso, interrogóle con una mirada.—Continuad, contestó el inglés, os estoy escuchando; y como no dudo que todo esto es un preámbulo para venir á parar á algun punto determinado, estoy esperando el final.—Teneis razon, dijo riendo Roland, veo que me conoceis como si nos hubiésemos criado juntos. Pues bien: ved la idea que me ha atormentado toda la noche; quiero ver de cerca lo que son estos compañeros de Jehú.—Ah! ya comprendo; no lograsteis hacerlos matar por M. Barjols, y quereis ver ahora si será mas afortunado M. Morgan.—U otro cualquiera, querido sir John, contestó tranquilamente el jóven oficial, pues os aseguro que nada tengo en particular contra M. Morgan; al contrario, aun cuando mi primer pensamiento, al verle entrar en la sala haciendo su pequeño *speech*, no lo llamais *speech* vosotros?

Hizo sir John con la cabeza una señal afirmativa.—Aunque mi primer pensamiento, como os decia, fué cogarle con una mano por la garganta y arrancarle la más-

cara con la otra.—Desde que os conozco, querido Roland, me he preguntado mil veces cómo dejasteis de poner en ejecucion tan bello proyecto.—No es culpa mia, yo os lo juro, lo habria hecho; pero mi compañero me detuvo.—Con qué hay personas que os detienen?—Muy pocas, pero él es una de ellas.—De manera que sentireis no haberlo hecho?—No en verdad; aquel bravo bandolero se portó con una bizarría que me gustó: yo amo instintivamente á los hombres valientes: si no hubiese muerto á M. Barjols, habria querido ser su amigo. Bien que no podia saber cuán valiente era, sino matándole. Pero hablemos de otra cosa. Es este duelo uno de mis tristes recuerdos. Mas por qué habia yo subido? De fijo no era para hablaros de los compañeros de Jehú, ni de las hazañas de Lorenzo... Ah! era para acordar lo que contais hacer aquí. Me haria pedazos para que os fuese agradable el tiempo, mi querido huésped; pero hay dos inconvenientes: mi país que nada tiene de agradable, y vuestra nacion que nada la gusta.—Os he dicho ya, Roland, contestó lord Tanlay, tendiendo al jóven la mano, que el castillo de Fuentes-Negras es para mí un paraíso.—Corriente: pero á fin de que no encontreis pronto monótono vuestro paraíso, procuraré distraeros por todos los medios posibles. Os gusta la arqueología, Westminster, Cantorbéry? Tenemos la iglesia de Bourg, una maravilla, con sus primorosos esculpidos de Colomban; hay allá arriba una leyenda que os repetiré la noche que no podais conciliar el sueño.

Vereis los sepulcros de Margarita de Borbon, de Felipe el Hermoso, y de Margarita de Austria; os propondremos el gran problema de descifrar su divisa: « Fortune, infortune, fort' une (1) » que tengo la pretension de haber reproducido en esta version latinizada: *Fortuna, infortuna, forti una*. Teneis aficion á la pesca, mi querido huésped? Ahí está la Reyssousse á vuestros piés; al alcance de vuestra mano teneis una coleccion de cañas y anzuelos, pertenecientes á Eduardo, como y tambien un surtido de redes que se ha procurado Miguel. En cuanto al pescado, es lo último de que uno se ocupa. Sois aficionado á la caza? tenemos á cien pasos el bosque de Seillon. Parece que los bosques de los antiguos ermitaños Cartujos crian jabalíes, corzos, liebres y zorros. Nadie caza en ellos, porque son propiedad del gobierno, y el gobierno en este momento es nadie. Como ayudante de campo del general Bonaparte, creo podré penetrar en ellos, y veremos si trata álguien de impedirme, despues de haber cazado á los austriacos en el Adigio y á los mameucos en el Nilo, que cace ahora los jabalíes, los gamos, los zorros, los corzos y las liebres en la Reyssousse. Un dia de arqueología, otro de pesca, otro de caza: tenemos ya tres dias ocupados, de manera que solo debemos buscar entretenimiento para otros quince ó diez y seis.—Querido Roland,

(1). Para las almas elevadas la fortuna y la adversidad son una misma cosa. Nos valemos de este circunloquio, por no permitir nuestra lengua la descomposicion de una palabra, como sucede en el original.

dijo sir John con profunda tristeza, sin cuidarse de la oficiosa verbosidad del jóven oficial, no me direis jamás cuál es la fiebre que os devora, cuál el pesar que mina vuestra existencia?—A buen tiempo! contestó Roland con una carcajada estridente y dolorosa; en mi vida he estado mas alegre que esta mañana; sois vos, milord, quien tiene el spleen y os lo hace ver todo oscuro.—Un dia seré en realidad vuestro amigo, repuso sériamente sir John; y entonces podré tomar parte en vuestras penas.—Y tambien en mi aneurisma... Teneis apetito, milord?—Por qué me lo preguntais?—Porque oigo en la escalera los pasos de Eduardo, que viene á avisarnos que está preparado el almuerzo.

En efecto, no habia acabado Roland de pronunciar la última palabra cuando entró el niño diciendo:

—Hermano, mamá y Amelia aguardan á milord y á tí para almorzar.

Tomando luego la mano derecha del inglés, púsose á examinar atentamente la primera falange de los dedos pulgar, índice y anular.

—Qué mirais, amiguito? preguntó sir John.—Si teneis tinta en los dedos.—Y qué significaria tener tinta en los dedos?—Toma! significaria que habriais escrito á Inglaterra que mandasen mis pistolas y mi sable.—No, no he escrito aun, contestó sir John; pero lo haré hoy mismo.—Oyes hermano, dentro de quince dias tendré las pistolas y el sable.

Y saltando de gozo, presentó el niño sus frescas y rosa-

das mejillas al inglés, que le dió un beso, abrazándole tan tiernamente como habria hecho un padre.

Bajaron luego los tres al comedor, donde les estaban aguardando Amelia y Mad. de Montrevel.

## VII.

### Placeres de provincia.

El mismo dia empezó Roland á ejecutar su proyecto, acompañando á sir John á visitar la iglesia de Bourg.

Los que han visto la elegante capilla de Bourg saben que es una de las cien maravillas debidas á la época del Renacimiento.

Los que no la hayan visto, sin duda lo sabrán tambien, por haberlo oido á otros.

Roland, que se proponia presentar á sir John una preciosidad histórica, que él no habia visto desde siete ú ocho años á aquella parte, tuvo un gran disgusto al llegar frente la fachada, viendo derribadas las estatuas de los santos y algunas de ellas decapitadas.

Preguntó por el sacristan y obtuvo por toda contestacion una risa burlona.

Desde mucho tiempo habia dejado de ser necesario semejante empleo.

Preguntó á quién debia dirigirse para encontrar las llaves, y le manifestaron que al capitan de los gendarmes.

No estaba léjos este funcionario; el claustro contiguo á la iglesia habia sido convertido en cuartel.

Subió Roland al cuarto del capitan, dándose á conocer como ayudante de campo de Bonaparte. Con la obediencia pasiva de un inferior hácia un superior suyo, entrególe el capitan las llaves, poniéndose á sus órdenes.

Sir John aguardaba entretanto, admirando, á pesar de las mutilaciones que habian sufrido, los preciosos detalles de la fachada.

Abrió Roland la puerta retrocediendo desagradablemente sorprendido: la iglesia estaba literalmente atestada de heno, como un cañon cargado hasta la boca.

— Qué es esto? preguntó al capitan de gendarmes.—Es una precaucion de la municipalidad.—Cómo! una precaucion de la municipalidad?—Sí.—Con qué objeto?—Con el de conservar el edificio. Iban á derribarlo; pero acordó el ayuntamiento que en expiacion del culto erróneo á que habia sido destinado, se convirtiese en almacen de provisiones.

Soltó Roland una carcajada y volviéndose á sir John:

— Querido lord, le dijo, la iglesia era una obra digna de ser vista, pero lo que oís me parece no es menos digno de saberse. Fácilmente encontrareis en Strasbugo, en Colonia ó en Milan iglesias y edificios de un mérito muy superior al del templo de Bourg; pero lo que seguramente no encontrareis